

La banalidad del bien

VOCES / ENSAYO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Jorge Freire, *La banalidad del bien*

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-8393-341-1

Depósito legal: M-23673-2023

IBIC: HP

© Jorge Freire, 2023

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2023

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Jorge Freire

La banalidad del bien



ÍNDICE

Exordio	11
---------------	----

PRIMERA PARTE

I. La industria del bien	15
II. Sofisticación	21
III. Cómo invertir en el mercado de valores	22

SEGUNDA PARTE

I. Contra la vida buena	29
II. Molicie	40
III. La edad de oro de la empatía	46

TERCERA PARTE

I. El mejor de los mundos posibles	53
II. Sus nervios bajo mi piel	59
III. Máquina, figura, crack	67

CUARTA PARTE

I. Honor	83
II. Honra	91
III. Mérito	95

QUINTA PARTE

I. La revolución permanente	107
II. El vientre de la ballena	115
III. Sinóptico	120

SEXTA PARTE

I. El secreto de Barba Azul	125
II. Peregrinaje	129
III. El mundo sin pecado	136
Coda	147
Agradecimientos	151
Bibliografía	153
Índice onomástico	157

Para Nadia Khalil, la virtud que hace regalos

EXORDIO

Banal es un galicismo de la Edad Media que refiere a la posesión del señor feudal. Una tierra, un lavadero o un pajar podían ser banales. La palabra comparte raíz con «bando», que no es lo poseído sino lo proclamado por dicho señor. Por eso los bandos recuerdan las obligaciones de los vecinos: Por orden del señor alcalde, se ordena y hace saber...

Triste manera de relacionarse con el mundo es la fórmula del *ordeno y mando*. Cuando no es dueño y señor de sí mismo, uno se enseñorea y se pone señoritingo, que es cosa bien distinta. El señor sabe estar (el señorío es, por definición, estar a lo que hay que estar), mientras que el señorito prefiere que otro dé la cara por él. Aunque varetazos y cornadas le surquen los muslos, el señor vuelve a la cara del astado sin tentarse siquiera. Hace suyos los medios porque vive para unos fines. El señorito, en cambio, quiere que todo sean medios para servir a sus fines. El suyo es un mundo banal, porque hay bienes, pero no hay bien.

Ser banal es hacer el julay. Este célebre término de la jerga lumpen, que el español toma del caló, significaba originariamente amo; fue solo con el paso del tiempo que pasó a significar ingenuo, pringado, insustancial. Es el falso dueño de la hacienda

al que se le disparatan los bienes por el roto de los bolsillos. Lo que trivialmente se acumula, trivialmente se esfuma.

Celebérrimo es el concepto de «banalidad del mal», postulado por la filósofa Hannah Arendt en su libro *Eichmann en Jerusalén*. Banal era, según Arendt, el teniente coronel de las SS Adolf Eichmann, responsable de la deportación de un sinnúmero de judíos a los campos de exterminio. Competente, probo y obediente, Eichmann ejecutaba con diligencia las tareas que se le encomendaban sin hacerse muchas preguntas. Se conducía con frases hechas que llamaba «palabras aladas» («el honor es mi lealtad» era uno de sus latiguillos) que le ayudaban a aligerar la culpa. En una carta a Gershom Scholem, Arendt sostenía que «el mal es siempre extremo, pero nunca radical. No tiene profundidad, ni nada de demoníaco. Puede devastar el mundo, justamente, porque es como un hongo, que prolifera en la superficie. Profundo y radical es siempre y solamente el bien».

Aun siendo profundo y radical, todo bien es susceptible de convertirse en mal al banalizarse. Si los llamamos bienes es porque les corresponde el buen uso y la buena intención. Al soldado se le presupone arrojo y al bien, lógicamente, se le presuponen bondades. Un cuchillo sirve para cortar verduras en juliana, pero también puede usarse para apuñalar al vecino. Mas ¿qué buen uso se puede dar a los valores en masa que produce la banalidad del bien? Son versiones corruptas y degradadas, trivializadas en suma, de atributos consustanciales a la persona. El presente libro, dividido en seis partes, estudia el bien especulativo, la abolición del conflicto y el higienismo moral, que son producto de la trivialización de la virtud, la conciencia y la vida pública, respectivamente. La banalidad del bien no implica que el bien sea banal, sino todo lo contrario: que lo banal nunca puede ser bueno.

Por un lado, analiza la sofisticación de la moral, que pone énfasis en la palabra y trivializa la acción. De ahí, la importancia de

los valores especulativos, sustitutos de las viejas virtudes: cuando el bien no se sustancia en la vida buena no queda sino buenismo. Por otro lado, se ocupa de la abolición definitiva del conflicto, mitologema que determina la realidad psicológica del sujeto contemporáneo, definida por su carácter incontinente y muelle, y que provoca una reacción de energías timóticas en forma de ríos subterráneos. Asimismo, estudia la banalización de la vida pública, y para ello aborda la corrupción de la moral pública en asepticismo, entendido como un ansia de pureza que esteriliza la disidencia, y analiza la sobrepolitización como una variante de la sofisticación: si el ciudadano hiperactivo, sometido a los bandazos de la hiperpolitización y a consecutivos estados de alerta, es la caricatura del ciudadano participativo, la campaña permanente es la banalización de la democracia deliberativa.

La buena acción se trivializa en exhibicionismo, la compasión en empatía, el coraje en molicie y la concordia en asepticismo. Por mor de su banalización, los bienes se vuelven males.

A todo vicio se llega siempre por un mal hábito, y a la banalidad, que es el precipitado de un proceso, se llega por la banalización de todo lo que nos rodea. Cuando invade el aire, huele a mojado antes de que caiga el chaparrón. Como sucede con el agua caída del cielo, progresiva y continuada es la acumulación de sus efectos. No hace falta ser meteorólogo para saber que la lluvia, tanto en forma de tromba, de chubasco o de sirimiri, cala del mismo modo.

Se da un fenómeno de sublimación inversa cuando la atmósfera que nos envuelve es banal. Remóntese el lector a sus primeras clases de química escolar y recordará cómo un gas puede cambiar a estado sólido. Igual que las bajas temperaturas provocan que una nube se convierta en nieve, una baja temperatura moral no solo congela las entendederas y endurece los corazones, sino que transmuta la etérea cualidad del Bien en un sinfín de bienes cuantitativos; estos amenazan con caer como

LA BANALIDAD DEL BIEN

pedriscos sobre nuestras cabezas, descalabrando coronillas a troche y moche. Si Bauman alertaba de la modernidad líquida, nosotros, a fuer de mediterráneos, damos fe de la dichosa gota fría que azota y graniza nuestra existencia.

Mas ¡que no cunda el pánico! Abra el lector su paraguas y confíe en esta lectura para capear el temporal. Después de la tempestad, siempre llega la calma. Y tarde o temprano, volverá a salir el sol: ese que, según Platón, representaba la idea misma del Bien.

PRIMERA PARTE

*Es propio de un esclavo buscar ganancias
sin poner cuidado en las cosas buenas.*

ARISTÓTELES, *Protréptico*

De cómo se sustituyó la virtud por los valores, a resultas de la obsesión contemporánea por reducir el ente a mero útil y el bien a una miríada de bienes, entendidos como posesiones. Las buenas acciones se trocaron, así, por exhibicionismo y golpes de efecto.

I. LA INDUSTRIA DEL BIEN

«No es milagro, sino industria» dice Basilio en uno de los episodios más célebres del Quijote: las bodas de Camacho. Para conquistar el corazón de Quiteria y evitar que se case con un próspero labrador, Basilio simula clavarse una espada, causando un extraordinario revuelo. Una vez arruinado el connubio, Basilio explica a la asombrada concurrencia, que lo daba por muerto, que la puñalada ha sido un artero truco de birlibirloque, obrado

con una caña tenida de rojo. No hay, en efecto, nada de milagroso en los números de prestidigitación, pero sí mucha industria.

En tiempos de Cervantes, la voz industria era sinónimo de ingenio y sutileza. Hoy el diccionario se hace eco del verbo industrializar, que significa ingeniar, sabérselas componer, y del adjetivo industrial, referido a quien hace algo con maña y meticulosidad, al tiempo que olvida esa acepción de industria. Pero hoy tiene más sentido que nunca.

La escandalosa quiebra de FTX, una de las empresas de criptomonedas más importantes del mundo, hace pensar en una industria del bien. Los esfuerzos de su industrializador, Sam Bankman-Fried, por convertirse en un dechado para las élites son, a todas luces, un ejemplo doble de industria: en el viejo sentido de treta o ardid, previamente pergeñada con meticulosidad, y en el sentido contemporáneo de planificación y ejecución de operaciones.

Bankman reunía muchas de las virtudes de nuestro tiempo. Joven, abstemio, vegano y, sobre todo, altruista. Su credo, un «altruismo eficaz» vagamente inspirado en la teoría del filósofo australiano Peter Singer, se resumía en «hacer el mayor bien posible» por medio de donaciones millonarias. Se trataba de un altruismo utilitarista, cómodo y *trendy*, que no exigía sacrificio alguno y que, para colmo, otorgaba satisfacción a quien ayudaba.

Mas no era milagro, sino industria. Bankman anegaba de dinero a instituciones y partidos políticos para disimular las debilidades de su empresa. No se trataba de beneficiar al prójimo, sino, más bien, de beneficiárselo. No hace falta agregar que del bien industrial hay que huir como pollos sin cabeza. La lógica utilitaria solo produce cadenas de montaje y mataderos avícolas. Por eso quienes cayeron en la trampa de FTX no hallaron alpiste y terminaron desplumados. Como titulase la portada que le dedicó la revista *New York*, «la virtud era la estafa».